

## ANTE LA MUERTE DE DON TOMAS

POR MODESTO SANTILLANA.

Yo también le amé. Sí, le amé y le amé sin conocerlo. El supo conquistar en mi corazón un afecto extraño que nunca podré explicarme.

Llegaba a mi casa por las tardes y tomaba el periódico para leer con avidez primero, y reposadamente después, una y otra vez, sus artículos, sus cuentos, el resultado de sus investigaciones. Seguí su labor paso por paso.

Eran tan sencillos, tan amenos; encerraban tanta poesía en sus argumentos y en sus temas que producían en mi ánimo una sensación extraordinaria y despertaron mi admiración por el autor. Con ellos pasé mis mejores ratos.

Yo también fuí campesino. Viví el ambiente de nuestras aldeas extremeñas; gocé el perfume de los valles alfombrados de margaritas y amapolas y disfruté el cariño de nuestros rústicos gañanes.

Saboreé la dulzura del silencio y el sosiego de esos pueblos de que tanto hablaba D. Tomás y nada tan hermoso puede existir en mi alma como el recuerdo de aquellos tiempos. ¡Me sentía tan feliz...! Tienen tal fuerza en el recuerdo los encantos de esa vida que, cuando leía y reeleía aquellos trabajos, detrás de sus sencillos pensamientos yo sabía descubrir todo un Mundo de bellezas que encerraban.

Empezó por ganar mi simpatía y terminé amándole. Amándole con el cariño que despierta en nuestro corazón el ser que tiene el privilegio de hacernos vivir el recuerdo de unos años dichosos que se fueron para siempre. Amándole, porque ví identificados sus sentimientos con los míos.

El no lo supo nunca. Jamás tuve ocasión de confesárselo, pero sentí por él, en silencio, todo el respeto que nos inspira un hombre superior a los demás.

Detrás de sus trabajos, imaginé un alma anhelante de cosas grandes, con ansias de inmortalidad y una mente, infantil y soñadora, pero capaz de alumbrar pensamientos sublimes.

Por eso, cuando recibí la noticia de su muerte, pensé que don Tomás no podía terminar en una tumba, ni borrarse su recuerdo con la falta de su cuerpo. Yo le amé y le amé en espíritu, sin conocerle; como sólo se ama a las cosas que son del Cielo y pertenecen a la eternidad.

## PADRE Y "MADRE"

POR SANTOS SÁNCHEZ MARÍN PANIAGUA.

De la llorada personalidad de Don Tomás Martín Gil, guardo dos especiales recuerdos. Y como ocurre siempre que de personalidades fuertes se trata esos dos recuerdos son dos huellas eleccionadoras e incisivas. Me toca guardarlas por lo que me enseñaron; describirlas, que es perderlas un poco, por lo que de alabanza a él encierran.

Ví por primera vez a Don Tomás el día mismo de mi llegada a Cáceres, en los primeros días de 1930. Acompañando a pariente mío, técnico en cosas de luz, visité su casa en ocasión de familiar holgorio post-prandial y pre-festivo. Recuerdo—y no perdonaría a mi memoria condescendencias con la fantasía—que fuimos adentrados en un despacho en el que una mesa revuelta, un poco cajón de sastre, presidía una biblioteca viva, igualmente desordenada. Allí nos fué a buscar con campechana, entre rústica y parternal, manera. Me saltaron de su cara sus ojines vivaces y escrutadores y su cara de niño grande y satisfecho, en la que el cigarro puro tenía sabor a travesura apresurada. Dos buenas señales—he pensado después—de vocación de historiador y aqueólogo. Después de un corto saludo nos llevó a la sala familiar. Recuerdo y mis quince años alocados e inatentos no me conservan más—unos chiquillos impacientes y bulliciosos y un Pathe-Baby proyectando regocijantes escenas de La Pandilla. Don Tomás—eso sí lo recuerdo—reía a más reír con aquella risa ancha, sin orillas que es patrimonio de los hombres buenos más que de los buenos hombres. No sé si fué entonces mismo o después recordándolo, que pensé qué buen padre de familias era Don Tomás y cómo aquella jovialidad satisfecha valía más que por bobo deslumbramiento de la técnica, por paternal satisfacción del filial contento... Algo así como una versión muy siglo XX, pero aún con alma, de la satisfecha presencia del padre ante el pan abundante de la mesa patriarcal.

El otro recuerdo es mucho más reciente. Visitaban el Hogar de Auxilio Social de Trujillo los directivos de la Escuela Elemental de Trabajo de Cáceres. Guiados por el corazón capitán de Julio Sánchez Pulido, ponderaban generosamente las excelencias establecimiento y funcionamiento de la Institución y en general de la Obra y como se tocara el tema de la orientación profesional, surgió la cuestión de los procedimientos psicotécnicos y su valor mensurativo o cualificador. Hubo quien acentuó el primero y quien su valor teórico y motivos de orden práctico en defensa de uno y otro punto de vista. Don Tomás salió en defensa de los fueros del alma vigorosamente. Con

un enardecimiento—lo resalto en su homenaje—tan fervoroso y decidido, que pensé que quedaban por fortuna muchos arrestos en aquel organismo lastimoso y prematuramente envejecido. De entre los motivos que se adujeron, y en esto residió especialmente lo hermoso de su postura, fué el de que más que el frío e impersonal dato de la técnica orienta el cariñoso desvelo del educador, celoso de descubrir la llamada vocacional; esa llamada que espontánea e incoercible brota siempre en el niño o el adolescente, y que solo se capta si la mirada inteligente va dirigida por un corazón amigo.

De los dos contactos relatados me queda sabroso y aleccionador recuerdo. Y al conjugarlos ahora a vuela pluma, me llega poderosa e insistentemente aquella frase de Newman dirigida a los educadores: «Sed algo más que padres, sed madres». Creo que Don Tomás fué ambas cosas porque sobre el recio prestigio de su personalidad estimulante y creadora abundó la excelencia de un alma ancha; tan ancha como su risa sin esquinas.

Trujillo, Septiembre 1947.

## UN COMPAÑERO

### La muerte de D. Tomás Martín

Con verdadero dolor en el alma, cojo la pluma para hablar de don Tomás con el que me ligó una amistad fraternal durante treinta años, sin que nunca la enturbiara la más leve sombra. Más de una vez me dijo, que yo había contribuído a que se apartara de sus libros de ciencias por la historia, en la que se impuso desde el primer momento con una intuición y clarividencia extraordinarias, de la que solo un talento natural y un amor intenso fué capaz. Y este fué el amor que sentía al terruño y a Extremadura. Cuántas veces se sulfuraba del expolio de sus productos, y del abandono y olvido de su riqueza milenaria. Muchas excursiones hicimos juntos, para leer en las viejas piedras de sus monumentos, páginas olvidadas de su historia; la primera, al Casar de Cáceres, cuando por encargo de Mérida fuí para escribir unas cuartillas sobre la iglesia parroquial y su retablo, y que se publicaron como Apéndices en el tomo de fotografías del Catálogo Monumental de Cáceres, y la última, a Trejevo y Villamiel, y entre este largo período de años, se encierra su obra histórica, dispersa en revistas y periódicos, casi todas excursiones artísticas y arqueológicas. Cuantas veces requerí su ayuda para que, como artista de la máquina fotográfica, me ayudara, la tenía sin regateos ni recelos, y él disfrutaba en aquellas excursiones con la placidez del justo, que tiene un momento de solaz en esta dura lucha de la vida. Las rutas de turismo de Cáceres las hicimos todas y buscaba siempre el rincón más romántico, la nota popular, el paisaje más recatado o el más abrupto, para llevar al cliché, formando así una rica colección, más de 2.000, que si fuera conocida por las Universidades americanas, pagarían por ella lo que se quisiera.

Era un hombre completo, pues, como naturalista, cogía las piedras, estudiaba los minerales y se dolía de la riqueza que oculta el subsuelo y que está casi virgen en las entrañas de la tierra extremeña. Días vendrán, decía, en que mi tierra renazca a una vida intensa, en que su industria transforme sus productos y sus campos se fertilicen con las aguas que se pierden de sus ríos. Fué un teórico, faltándole la osadía en las empresas que soñaba.

Su labor histórica fué monográfica, con materiales de primera mano, basándose en la observación para sacar consecuencias y teorías de las que en el campo histórico estaba llena su mente. No era enemigo del documento, pero no se ligaba al mismo como testimonio irrefutable, y muchas discusiones teníamos sobre el valor que se le debía de dar. Conocía desde niño la fragua y los hierros extremeños le atrajeron y deja páginas inéditas sobre esta manifestación popular del arte extremeño.

De todas sus condiciones, la más destacada fué su bondad, su hombría de bien y su fe cristiana, que le hizo sobrellevar su larga enfermedad con resignación ejemplar. Nunca tuvo enemigos, y si los tuvo, no se atrevieron a